

Oscuridad Luminosa

Juan Carlos del Valle es uno de los artistas ante cuya obra no se puede evitar una sensación de lo inevitable o de lo predestinado, como si estuviera escrito que se trata de un pintor para toda la vida. Hasta ahora su trayectoria no señala sobresaltos. Su existencia tranquila y armoniosa se refleja en obras en las que se disfruta un proceso de desarrollo continuo y sin prisas, casi imperceptible, que revela el temperamento reflexivo y disciplinado del joven pintor. Su personal experiencia, derivada por igual de las enseñanzas de sus maestros que de su observación del arte, lo ha inclinado a inspirarse en las tradiciones y en la cultura, lo cual le deja amplia libertad para cultivar una rica fantasía, que aplica pródiga y apasionadamente en pinturas y dibujos.

Del Valle pinta y dibuja lo que le rodea. Desde sus primeros trabajos de adolescente, su programa visual ha tomado este camino con resultados sorprendentes derivados de sus propias experiencias. Partir de la realidad es el principio que rige su lenguaje plástico. Desde la escuela y el estudio, los maestros y los amigos lo elogian porque en todo tiempo tiene la naturaleza delante de los ojos, si bien al mismo tiempo se manifiesta – y esto lo hace diferente a otros pintores de su edad – como especialmente sensible para registrar la luz, el espacio y los cambios que opera la atmósfera en lo material corpóreo. Es así como, en la serie de dibujos presentada en estas páginas, llama la atención el modelado de las formas por medio de finos valores de claroscuro, y en los casos en que el color se emplea, particularmente atrae la fusión del color local con el tono general, talento que en el futuro puede llevar muy lejos al artista.

Ya desde ahora sus dibujos sugieren al naturalista inquieto, en transición de convertirse en el creador cuyo concepto arranca de una visión no sólo personal e íntima, sino imaginativa y poética. Su ver sugiere la realidad desde la vivencia de sus propios ojos, vivencia de un espíritu interesado desde siempre en las gentes y en los objetos, no tal cual son, sino especialmente como fenómeno pictórico. Su pasión por pintar diversas versiones de un mismo asunto, de estudiar a fondo rasgos generales y finos detalles, señala precisamente que para Del Valle, cosas y modelos no son lo más importante sino que la expresión plástica lo es todo, ya que

en cada obra logra una nueva creación totalmente distinta a las anteriores, en donde es diferente el manejo de la luz, la organización de los espacios y la concepción poética.

Por ejemplo, en cualquier par de dibujos que parezcan casi idénticos, puede advertirse, mirando con detenimiento, que el artista trabaja valores disímiles, pasando de lo concreto a lo suave, de lo oscuro a lo claro, de lo definido a lo borroso, como disuelto por una luz brumosa (aún en el caso de que se aplique color, la bruma es uno de los encantos de su concepción estética).

Su dibujo contiene gran interés porque en los tonos blancos y negros el pintor irisa todos los colores. Encierra y se presiente en ellos una maravilla de tonos verdosos, azulencos, rojizos, sepias, que aplica y despliega en algunos cuadros, dejando que en otros únicamente se adivinen, y es que lo que fascina a este artista es la policromía dentro del negro y dentro del blanco. Ver y sentir cómo se degradan el color y el tono en innumerables matices para crear no sólo volumen, sino significado y fantasía. El resultado hasta la fecha no es únicamente blanco y negro, sino una textura de tonalidades mórbidas, casi irreales: grises de plata, grises de nácar, blanco inmaterial, negro opaco que presta carácter inconfundible a la expresión plástica de Del Valle.

Igualmente al comparar dibujos desemejantes, con diferentes temas, se comprende de donde parte en este artista el impulso creativo. Puede tratarse una vez más del mismo asunto, las dos obras datar del mismo año, pero ser una vez más radicalmente diversas, cada una con sus propios valores y cromatismo, y en esta magia reside el verdadero sentido del arte de Del Valle; su realismo es un realismo mágico. Fijar las apariencias o más bien su visión de las apariencias es su meta y su espacio, su razón de ser y de pintar.

ESPACIO Y MOVIMIENTO

La evolución artística de este pintor recorre hasta hoy una trayectoria que va desde el claroscuro del realismo mexicano y español –Germán Gedovius, Saturnino Herrán, José Bardasano, Demetrio Llorden- hasta una organización de valores ya debida a propias experiencias que parten de su gusto por los contrastes entre tonalidades y matices cálidos y fríos, que empieza a dar forma a su estilo.

Del Valle es un artista que busca producir la ilusión de la luz, de la luminosidad, lo cual consigue por ahora con el manejo sorprendente de los claros, y no únicamente mediante la disposición de los tonos oscuros, negros y morenos. Al contraponer los tonos cálidos a los tonos fríos, en el dibujo al carbón en el dibujo acuarelado, el artista crea espacio y movimiento, sin permitir que debido a los tonos oscuros insertos se desintegre el compacto de la superficie volumétrica. Se trata de un pintor interesado a la fecha en experimentar todas las posibilidades del claroscuro, y aún del *sfumato*, en el cual, según se piensa, estriba el efecto de lo vivo.

En otros aspectos, Del Valle es un artista que se preocupa por la perfección del modelado y por lograr los relieves más reales no sólo aprovechando, como ya se dijo, los contrastes a base de sombras intensas sino matizando refinadamente los claros y los blancos. Sobre este esquema aplican algunas veces, leves y sutiles manchas de color, que ya identifican su estilo en relación a la dinámica del cromatismo, pero que también actúan como insinuaciones de significado dentro de un proceso de transformación que es transferido del cuadro al ojo del espectador.

Esta disciplina de ordenar valores cromáticos de acuerdo con su grado de luminosidad y su contenido, es básica en la trayectoria de un buen pintor para lograr en la composición de la superficie una intensidad impactante y una unidad perfectamente cerrada, lo cual ya caracteriza a este artista desde sus primeras obras, atractivas por la compacta materia de rostros, manos, pétalos, capullos, cobres, cristales, cerámica y otras estructuras bien integradas y fascinantes.

Es importante detallar esta manera de trabajar porque Del Valle va construyendo a través de ella un original andamiaje cromático. A partir, por ejemplo del gris, que puede parecer el color menos color de todos, pero que tiene valiosos secretos para quien sabe descubrirlos con objeto de ir dotando de encanto los matices que salen al paso, Del Valle sublima tonalidades hasta alcanzar originales impresiones luminosas tanto en el dibujo como en la pintura. Este método acucioso de trabajo deriva, por ahora, de la objetividad de las imágenes basada en un personal enfoque, en una personal manera de ver y de sentir el mundo circundante que tiene el pintor .

EFEECTO DE LO VIVO

Dibujante incansable y pintor exigente que ya ha conseguido notables ejemplos en la tela, Del Valle crea con un mínimo de recursos, valores esenciales para el lenguaje plástico como suntuosidad, riqueza y sensación de vida; sobre todo esto último, ya que su expresión se caracteriza por el efecto de lo vivo que transmiten sus formas. Cabe subrayar aquí el significado de la palabra *crea*, ya que este manejo cuidadoso de los elementos visuales constituye por sí mismo un proceso creativo por excelencia, del cual proviene –y no de la inspiración como vulgarmente se piensa- la elegancia en el estilo y el vigor en las formas de un artista que destaca ya en las obras de este pintor.

Entre los temas diversos en el quehacer de Del Valle, sobresalen a la fecha el desnudo, el retrato, el bodegón, la naturaleza muerta, las flores, el estudio libre de figura humana con diferentes atuendos y actitudes, como ejercicio cotidiano para condensar en lo plástico la sensualidad de lo real. Asimismo, el artista captura por estas vías lo inmediato de las apariencias, el pulso de la piel humana, la turgencia de las frutas, la transparencia de las flores, imágenes logradas a través de los tonos saturados y cálidos que identifican su trabajo.

Estas prácticas y disciplinas se originan, sin duda, en la intención de Del Valle por crear una realidad nueva, esa consciente emancipación de los elementos de la común realidad, que lo convierte ya desde estas primeras etapas de su obra en

un pintor personal y diferente a otros que no tengan una vocación determinada y fecunda.

El macizo modelado en los dibujos proviene, en algunos ejemplos, de una armonía de medios tonos que pueden ser cálidos o fríos, ya que Del Valle es un artista cuya expresión va del hielo al fuego y viceversa, partiendo de una idea colorística que no deriva del objeto en sí mismo, sino de un orden preconcebido por el pintor que sabe a dónde se dirige y es capaz de alcanzar sus objetivos. Del Valle, ya lo hemos visto se esfuerza por materializar sus impresiones y lo consigue. Es así como crea la impresión de lo real, de lo verosímil, fantástica ilusión más verdadera aún que la verdad evidente porque es arte.

MATERIA CORPOREA

Esta apariencia de lo verdadero es lo que encanta en la obra de Del Valle. Es lo que ante sus cuadros vuelve productivo al espectador, lo inclina a comprobar frente a lo que está mirando esa otra realidad más allá de lo concreto, que no es tangible pero que es cierta y deseable. Se trata de figuras que quieren ser y son, ante todo, formas que se sitúan con extrema limpidez, en toda su consistencia plástica, dentro de un espacio dinámico, matemáticamente exacto, iluminado por una luz casi irreal, tan fuerte es su función evocadora.

La vida es hoy un espectáculo conducido por el simulacro en todos los órdenes, amenazado por la erosión de la sociedad y las tensiones entre miembros de comunidades fracturadas. Ante esta situación, un artista sagaz y perceptivo como Del Valle, se distancia de las cosas de tal manera que su propio yo desaparece detrás de sus imágenes en busca de la objetivación que le permita encontrar, no sólo su voz propia, sino aportar algo positivo al momento presente en un mundo sometido a todos los flagelos y tensiones. En su arte, cualquier "tema" por común y evidente que parezca, es considerado como una oportunidad para organizar una unidad plástica espacial y cromática que es única e irrepetible, porque solo a él le pertenece, experiencia propia y

objetivación de lo trascendente, que es lo que atrae en su trabajo y resulta su aportación personal.

Algunos admiran en su lenguaje el “realismo” o la “academia”, sin saber a qué clase de hechicería o encanto están sucumbiendo, porque el arte está hecho por aquellos capaces de privar a las cosas de su evidencia dejándoles apenas una fantástica apariencia formal.

Sin duda es temprano en esta primera etapa de su obra, para decir si Del Valle será un artista definitivamente inscrito en una tendencia o en otra. Por ahora, su figuración es abierta, indaga en todos los aspectos de gentes y objetos, busca en cada escena relieve y trascendencia, o sea, por hoy, Del Valle considera a todo lo que le rodea como fenómeno pictórico.

EL ARTE DEL DIBUJO

Esta disciplina cubre como escritura no lingüística una gama insospechadamente abarcativa. Sus signos gráficos corresponden lo mismo a las formas más elementales de expresión –por ejemplo los dibujos de los niños- que a las más complejas y depuradas, entre otras, la historieta y los dibujos animados, la caricatura, los proyectos arquitectónicos o de ingeniería, las señales topológicas o de tránsito y diversos esquemas e indicaciones.

Esta omnipresencia del dibujo, que ha ocupado en toda las épocas y civilizaciones un lugar de preferencia como materia signficante (recordemos que los dibujos de Lascaux, Francia y de Altamira en España, datan de catorce mil años o más) desmiente ciertas hipótesis, según las cuales toda significación pasa por el lenguaje hablado (semiología) ya que desde las inscripciones de las culturas primitivas hasta las manifestaciones del lenguaje iletrado, el dibujo es precisamente la refutación de este concepto por su poderosa capacidad de expresión.

Igualmente suele decirse que el dibujo es una escritura. Sin embargo, definir el dibujo como un tipo particular de escritura, no debe confundirse con asegurar que

el dibujo es, por su propia naturaleza, una escritura de tipo particular. Ciertas modas han llegado al equívoco de suponer que entre el alfabeto escrito y el dibujo existen sólo simples diferencias de grado, cuando en realidad se trata de expresiones muy diferentes, con desemejanzas cualitativas y no cuantitativas. El dibujo – acaso el más antiguo sistema de representación gráfica del hombre – posee su propia autonomía semiótica.

Dentro del campo del arte, esta evidencia es ofrecida en México por las obras de incontables artistas no sólo modernos y contemporáneos, sino prehistóricos, precolombinos y virreinales. Desde los dibujos rupestres, los códices precolombinos o las maquetas de los maravillosos altares barrocos y churriguerescos, este arte es excepcional en México. Genios del dibujo como José María Velasco y José Guadalupe Posada, Hermenegildo Bustos y Diego Rivera, José Luis Cuevas o Arturo Rivera, para mencionar unos cuantos, subrayan la importancia del dibujo en nuestra historia.

Del Valle, practica a diario el estudio del dibujo y la reflexión sin prisa de las formas. Tal ejercicio contribuye a que troquele cuidadosamente otro de sus talentos: la noción de las dimensiones. Para este fin se sirve de todo lo que encuentra a su alrededor, figuras humanas, objetos, plantas, flores, paisajes, frutas, ya que para él la más dinámica de las dimensiones, la más activa, es infundir apariencia real a todo lo pintado, enfatizando caracteres naturales o a través de un gesto, un ademán, una actitud, una mirada. Así realiza sus concepciones plásticas. Está obsesionado por ellas y anhela demostrarlo a cada paso.

Dentro de este encuadre el modo armonioso de aprovechar luces y sombras es lo que obliga al ojo del espectador a abarcar por entero la visión propuesta y a percibir las distancias entre uno y otro plano, impactante efecto plástico que cautiva y ya no permite al que mira, pasar por alto lo mirado. Del Valle engancha, traslada al contemplador a espacios por él inventados para vivir la aventura de una realidad más allá de lo evidente.

PLANO DE EQUILIBRIO

En cuanto a las tendencias o el estilo de este artista, se puede hablar de realismo poético, de academicismo, de clasicismo o de nueva figuración, si bien por encima de tendencias estéticas más o menos transitorias, o más o menos brillantes y ficticias, cabe subrayar que la expresión de Del Valle se ubica dentro de un plano de equilibrio, de sobria elegancia, de sincera hondura, principalmente en nombre de la estética de la belleza, que fluye como límpidas aguas del manantial de la verdad.

Es el caso de un artista que desde sus inicios revela el poder de su vocabulario. Si se consideran, por ejemplo, sus bodegones o naturalezas muertas, resultan obras naturalistas que muestran talento para representar valores táctiles. Igual ocurre con los desnudos y estudios de figura, donde además convencen el trazo seguro y una poco común economía de gestos, de manera que el rostro más inquieto o el cuerpo más robusto engendran un esquema casi abstracto.

Esta escultórica palpación de la carne es muy notable, y no parece otra cosa que el sostén del espíritu que la anima; es así que puede decirse que la elocuencia plástica de Del Valle consiste en esa fuerza suya que infunde alma en todas las cosas que dibuja.

Sus logros para el futuro nadie puede predecirlos. Por lo pronto se trata de un artista joven que se apega a la naturaleza porque sabe ver en ella lo bello. Ama la exactitud que va siempre acompañada en sus obras por la facilidad de expresión, y un ritmo emocionante deriva de sus formas. En resumen, Del Valle aprisiona lo ópticamente perceptible con impacto, con toda la autenticidad de lo real, si bien lo que ansía plasmar y lo que plasma no es lo visible, es sólo su visión de lo visible.

Berta Taracena

Agosto, 2002

FLORES

Las tierras semitropicales de México ofrecen prodigioso espectáculo de flores poco comunes, de tal variedad y belleza, que los viajeros nacionales y extranjeros se quedan asombrados ante ellas. La vida de las plantas es tesoro ecológico de exuberante fertilidad si se tiene en cuenta que muchas plantas de cultivo de otros países crecen silvestres en México. Recordemos que los campos no cultivados de Michoacán o de Morelos, los jardines flotantes de Xochimilco, las selvas de Tabasco y Chiapas, para citar solo breves ejemplos, han maravillado y maravillan a propios y extraños.

Cierto conocimiento de esta riqueza natural resulta en nuestros días una exigencia para todos, igual que enriquecer su información acerca de las pintorescas tradiciones del país, ya que tanto las plantas como las flores han jugado siempre un papel importante en la vida de los mexicanos, desde los tiempos prehispánicos hasta el presente.

Los grandes jardines de los aztecas con terrazas, albercas y fuentes, orquídeas y prados, impresionaron tanto a los conquistadores españoles que Hernán Cortés en sus Cartas al emperador Carlos V habló de su magnificencia y valor. Unote los soldados del capitán extremeño, el famoso Bernal Díaz del Castillo, escribe en sus memorias (Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España), que estaba tan maravillado con los jardines que "todo ello se parecía a los encantos descritos en Amadís de Gaula". El erudito doctor Francisco Cervantes de Salazar relata en su Crónica en 1565 "... pocos príncipes y quizá ninguno, jamás poseyeron jardines de recreo que iguallen a aquellos del gran señor Moctezuma... "

A la fecha, mucho de este esplendor se ha transformado sin perder atributos esenciales. Para no ir muy lejos, Del Valle tiene frente a su taller espléndidos jardines que son un lujo en cuanto a flora nativa se refiere, cuidados y diseñados por él. Tales actividades concuerdan con el placer que siente el artista en pintar flores y objetos suntuosos, placer tampoco ajeno al del plasmar un rostro o unas manos expresivas, o unas ropas, si ya no tanto atildadas y lujosas, si de ricas texturas y apariencia verídicas.

La pintura de flores y frutas en bodegones y naturalezas muertas no es una novedad para nadie, pero la pintura especializada de las flores, en este caso rosas y margaritas ya implica llevar a cabo especulaciones simples o complejas con el ingrediente hermosura, sin mayor contenido poético que analizar la perfección de su estructura.

Del Valle dibuja estas flores –Margaritas en vaso de cristal, p. 19, Rosas, p. 18- aparentemente con el deseo de estudiar color y composición, dejando que las flores aparezcan en todo su esplendor natural y naturalista, si bien algo más ocurre en estas imágenes, pues a través de ellas se comunican contenidos metafísicos tendientes a convertir la flor en instrumento simbólico y fantástico.

Ambas especies, rosas y margaritas, se presentan por su estructura para que el artista practique delicados ejercicios en relación al objeto, que en estos dibujos pierden angulosidades y rigideces, de modo que la flor se aparece como envuelta en una sutil atmósfera cromática creadora e resonancias mágicas. Ni que decir que el color presta intensas vibraciones a la luz directa, que Del Valle exalta con delicados tonalismos.

B O D E G O N E S

La atención dedicada al objeto y a las cosas naturales se remonta a tiempos muy antiguos, y no decae hasta la fecha cultivada por igual en la literatura, el cine o las artes plásticas.

Naturaleza muerta y bodegones pueden implicar el mismo significado por medio de figuras de frutas, flores, libros, animales u objetos manufacturados en los que destaca el material –cristal, cerámica, barro, cobre, madera-, dispuestos por el pintor a modo de lograr una unidad visual provista, o no, de simbología.

En estas breves líneas resultaría inútil intentar mencionar la infinidad de matices y aspectos que abarcan ambas denominaciones, si bien puede decirse que se entenderá por *naturalezas muertas* a las composiciones inspirados en elementos del mundo orgánico y serán *bodegones* lo otro, los conjuntos realizados con los objetos hechos por la mano del hombre.

Respecto a las obras de Del Valle, ya desde sus primeros dibujos se advierte su pasión por enfatizar pormenores y detalles de las cosas, cualidad muy apreciada en este tipo de expresión, ya que como hemos visto previamente, el problema de toda creación artística –no importa lo que represente o cual ideología se quiera interpretar- es el desarrollo de un lenguaje formal significativo que llegue a los sentidos y a la conciencia de los espectadores. No es suficiente trasponer la forma natural de la superficie del cuadro, así como el sonido natural todavía no es música.

La realidad tiene infinitas facetas y múltiples aspectos; se podría decir que tanto como los intérpretes posibles y el enfoque que les dé, según su capacidad de percepción. En la obra de arte que pueda llamarse así, no debe, por esto, haber vaguedad ni desorden. Crear una obra de arte, es dar sentido, un solo sentido, a alguna realidad. La vivencia que mueve al artista a crear una obra de arte debe convertirse en vivienda del espectador, que es lo que se llama “realizar” una imagen.

En sus bodegones y naturalezas muertas, Del valle realiza y plasma imágenes diversas: una olla de barro con elotes –p.24-, una naturaleza muerta con calabazas –p.34-, un cazo de cobre con uvas –p.35-, un cántaro con mazorcas –pp.32-33-, una gran calabaza desgajada –p.40- con trazos precisos y objetivos, contraponiendo raya con raya, tono con cono, masa con masa, para transfigurar las “cosas” en imágenes significantes, ya que para este artista su vivencia es la creación plástica, la organización de una unidad visual mediante todos los recursos pictóricos posibles.

Destacan en este conjunto las *vanitas* –pp. 51, 52 y 54-, composiciones de contenido filosófico posiblemente originadas en los *memento mori* del norte europeo (siglo XVI), notables por el valor simbólico de sus elementos, si bien, en México la calavera es usada desde siempre y hasta la fecha, en impactantes expresiones plásticas que recuerdan al hombre la fugacidad de la existencia. En las *vanitas* de Del Valle, aparecen cráneos, botellas, ánforas, diversos recipientes de cerámica, morteros y otros elementos simbólicos que sugieren examen de conciencia y reflexión sobre la inquietud metódica y perturbadora que provoca en el hombre el suceso de morir. Lo importante en estas obras, es desde luego, el valor funcional de los medios de expresión empleados por Juan Carlos del Valle.

FIGURA Y RETRATO

En el caso de la figura humana, el dibujo de Del Valle es verista y representativo, constituye un canto sensible y autónomo al cuerpo y al rostro humano, a su belleza y a su fuerza. Artista que ha estudiado anatomía y disección, sabe que las imitaciones de lo natural pueden llevarse tan lejos como se quiera, pero siempre faltará algo en ellas para que la ilusión sea completa, si el artista no las infunde con un toque personal, con un significado propio.

Ya desde los tiempos del “definidor”¹ aparato recomendado por el florentino Alberti (1404-1472), compuesto por una serie de arcos y de alambres de plomo que permitían trasladar a la arcilla o al papel las medidas exactas del modelo, los artistas se dieron cuenta de que sin poner de su parte trazos personales y sin libertad en el concepto de las proporciones y los gestos de las figuras, no puede haber arte.

Del Valle sabe todo esto cuando toma lápices, crayones y pinceles para trazar sobre papel en blanco que tiendan al enriquecimiento de la visión. Seguramente al dibujar sus Venus y sus Flores –pp. 73 a 83- no se aparta completamente de los ideales de todos los artistas del mundo desde la época de Praxiteles –cuando el griego modelaba su Afrodita inspirado en las formas de su amiga, la bella Friné- para celebrar a la mujer, reproduciendo la plenitud y la majestad serena de sus

formas con múltiples puntos de vista, tradicionales o modernos, clásicos o apasionados.

De esta manera, el arte de Del Valle es unívoco pero original y sorprendente, ya que elude con acentos propios los riesgos del naturalismo y del academicismo sin renunciar a la figura, con la intención de poder ser moderno, sin tener por esto que pedir prestado –a la abstracción, al geometrismo u otros ismos- el poder de una voz particular.

Otros estudios diversos de figura incluyen personajes con ropas, con típicos atuendos como sombreros y rebozos; portando objetos o frutas, o vistos en ademán pedigüeño, y muchos más de gran fuerza constructiva por sus audaces abreviaciones y simplificaciones que dan lugar a pensar en un prometedor futuro para el artista, si él así se propone, -pp. 63,66 y 71-. Dice el poeta español Antonio Machado (1875-1939), “El ojo que ves, no es ojo porque tú lo vez, es ojo porque te ve...”

En los desnudos femeninos, del valle dibuja posturas naturales y simples que sobresalen por su clara silueta, como plasmada frente a la modelo con una línea de contorno que fluye reposadamente y presenta *crescendos* y *decrecendos* de armonía rítmica.

Aquí el artista se limita por ahora a datos ópticos-plásticos, sin incluir alusiones extrapictóricas, si bien no deja ya de adivinarse en estos desnudos la sensualidad del temperamento del autor que puede desarrollarse ilimitadamente. Se trata de obras de carácter autónomo que confirman la extraordinaria claridad con que las imágenes se presentan al pintor ya desde la fase del *improntato* o del estudio.

Es en los rostros y cabezas –que en mi opinión no son retratos- donde Del Valle da rienda suelta a la libre expresión de formas abiertas y cerradas, perfiles geométricos -ovoides, triangulares, cuadrados- y volúmenes finos y redondeados, apenas realzados frente al juego de la luz con el fin de que ésta los torne y les dé vida supernatural, resbalando lentamente sobre ellos.

Destacan en estos rostros por igual, el corte dramático de los párpados, el carácter vigoroso de la nariz o el rictus incisivo de la boca, dibujados como signos a través de los cuales el artista interroga al arcano, pero sobre todo, atraen en esta serie, las miradas y los gestos cuya carga magnética, rica en notaciones psicológicas comunica sin duda, la expresión del prodigioso asombro del artista ante su destino. –pp. 86,89,93,94,99,101,109,116 y 118.

La intrépida seguridad cursiva de estas líneas –adelgazadas en algunos puntos hasta casi perderse en el blanco- más que constituirse concretamente en éste, tiende a unirse con sorprendente valor sugestivo a las calculadas redes de sombras y a la espesa trama de los signos que cuajan el volumen con una robustez y una osadía propia ya de la escultura.

¹ Se trata del precedente del pantógrafo y del repetidor o “máquina de sacar puntos, que en el taller de su padre, escultor clásico, fascinaba al joven Alexander Calder (1898-1976) escultor estadounidense de origen escocés, creador de los móviles